

JOHN D. MACDONALD

**MALDAD
EN ABRIL**



Graduado en Harvard, teniente coronel durante la Segunda Guerra Mundial, John MacDonald se ha convertido en los últimos años en una de las figuras más destacadas de la «novela negra» americana. Treinta y ocho novelas, una serie increíble de relatos cortos, guiones cortos, guiones para TV, catorce millones de ejemplares de sus obras vendidos en los EE.UU. son datos que bastan para significar su calidad de novelista eminentemente popular. Pero su condición de intelectual brillante, de universitario que halló en los servicios militares del OSS, en Ceilán, un campo de experiencias práctica inigualable, distinguen a MacDonald de muchos otros cultivadores del género, más preocupados por la intriga, por la expresión brutal de la violencia que por el análisis psicológico y la descripción ambiental. Novelas como «Cruce de autopistas», y «Los verdugos», ya publicadas en España, constituyen aportaciones de singular valía para comprender el nuevo giro de la narración policíaca, basada ya, no en el juego de sorpresa al modo clásico, desconcertando al lector con pistas falsas, sino en la expresión descarnada de violencia, en la plasmación de los ambientes del delito, en el realismo expresivo y en la fuerza absorbente del relato. John MacDonald, el guionista mejor pagado de Norteamérica, concibe sus novelas como relatos susceptibles de una versión inmediata al mundo de la imagen. Así ocurre con «MALDAD EN ABRIL», la historia de unos pistoleros que caen sobre una ciudad como un vendaval asesino. Ace los esperaba, tostándose en la piscina de un motel. Ronnie, el ejecutor, llega con las armas listas a bordo de su avión. Harry y la muchacha aparecen a bordo de un Buick polvoriento. Una vez juntos, se desencadenará el terror.

CAPÍTULO I

La pareja llegó a Flamingo, ciudad de doce mil almas en la costa occidental de Florida, hacia las once treinta de la mañana del once de abril. Llegó en un gran "Buick" de color gris con matrícula de Illinois. El coche estaba sucio a causa del largo viaje. En la parte de atrás se veía ropa colgada en perchas.

El voluminoso "Buick" atravesó el centro comercial de la avenida de la Bahía en unos minutos y luego se detuvo ante un restaurante al oeste de dicha avenida, próximo al cruce de la calzada y el puente que conducen a Cayo Flamingo.

El día era caluroso, demasiado para comer en el auto. En los demás vehículos no se veía a nadie. Todos los clientes se hallaban dentro del restaurante. Una camarera vestida con uniforme de algodón verde había salido a la angulosa sombra proyectada por el edificio y estaba apoyada contra el muro rosado, contemplando a la pareja que se apeaba del coche gris. Fumaba un cigarrillo y se preguntaba indolente quiénes serían, mientras les observaba.

El hombre era alto, de unos treinta años. Tenía aspecto de hallarse convaleciente de alguna grave enfermedad. Se deslizó con cuidado de detrás del volante y se quedó junto al auto, un tanto encorvado, los hombros echados para adelante. Vestía una camisa blanca, de cuello abierto y remangada y pantalones grises con rodilleras. Tanto la camisa como los pantalones parecían de talla mucho mayor que la suya. Llevaba los pantalones sujetos con un cinturón, pero por detrás le colgaban flojos.

Parpadeó bajo el fuerte sol, en tanto que su sombra se destacaba oscura contra el negro azulado del asfalto. Tenía mal color y su cabello, de un negro brillante, era lo más vivo de su persona. Se frotaba con energía el brazo y el codo izquierdos, enrojecidos por el sol por haberlos tenido apoyados en la abierta ventanilla del coche mientras conducía.

La mujer seguía en el auto, pintándose los labios. El hombre se volvió, miró por la avenida de la Bahía hacia la sección comercial y luego, volviéndose más, miró a la camarera. Tenía dos profundos surcos en las mejillas y oscuras ojeras bajo los ojos negros y febriles. Su nariz era demasiado larga, delgada en el puente, ancha en las aletas. Miró a la camarera con ausencia total de expresión. Aquello no era corriente. Los muertos no tienen expresión. Ni las víctimas de demencia precoz cuando se hallan en estado catatónico. Detrás de aquel rostro algo la miró con los ojos oscuros, pero el rostro nada le dijo. La camarera se sintió vagamente incómoda. Era una joven guapa, robusta, acostumbrada a que la miraran, pero no de aquella forma. Apartó la vista.

El hombre dijo algo en tono bajo e impaciente a la mujer del auto, que salió en seguida. Se trataba de una muchacha alta, de unos veinticinco años, tan alta como el hombre con sus altos tacones. Vestía una blusa blanca transparente y la tostada falda de hilo estaba muy arrugada. Con el dorso de la mano se la alisó por las caderas. Tenía el pelo rubio, muy corto, y la camarera decidió que no le sentaba. Le hacía la cara demasiado ancha, pesada. La joven tenía los pómulos anchos, el labio superior breve, los ojos azules separados y la boca gruesa que se han convertido en modelos de belleza sensual. Tenía buen tipo, si bien un tanto pesado, y de toda ella se desprendía cierto aire blando. Sus piernas aparecían sumamente blancas. La expresión de la joven era pasiva, con un aire de resistencia casi bovina. Caminaba con paso extrañamente apretado. Era un andar en el que se daban el sentirse consciente de su cuerpo y cierta humildad. Andaba como si casi esperara re-

cibir un repentino golpe, pero como si no fuera a importarle mucho si llegaba.

El hombre cerró el coche con rapidez, se adelantó a la puerta del restaurante y la sujetó para que la joven pasara. La camarera tiró la colilla al asfalto. Pensó que la pareja no parecía haber tenido muy buen viaje y que era como si la chica se hubiera topado con un tipo que no le convenía. Mala suerte. Pero hay muchos que dan con quienes no les conviene. Y para entonces ya es demasiado tarde y no hay nada que hacer. Hay más de los malos que de los buenos.

La camarera entró por la puerta lateral. El hombre había tomado un periódico de los que había a la puerta. Se sentaron ante una mesa para dos. El individuo aquel leía el diario local matutino *Record*. La camarera se alegró de no tener que atender a su mesa. La muchacha permanecía inmóvil y miraba por el gran ventanal hacia las azules aguas de la bahía y las casas blancas del cayo al otro lado. De vez en cuando se llevaba despacio un cigarrillo a los labios y lo volvía a dejar con la misma lentitud en el cascado cenicero de cristal que había sobre la mesa de formica.

Para las dos, bajo el nombre de señor y señora John Wheeler, la pareja había alquilado la casa de los Mather sobre la playa, a tres millas al sur del centro de la ciudad. Hedges, el agente de la inmobiliaria, había tratado de interesarles en alguna casa del cayo, pero no habían querido saber nada del cayo. La casa Mather era larga, baja, una casa de madera de ciprés, con tres dormitorios y dos baños y una terraza que daba a la bahía, un embarcadero nuevo, pero sin embarcación. La casa más próxima al norte estaría a unos doscientos pies de distancia, casi tapada por espesos setos. El lote vacío al sur de la casa estaba casi cubierto de malas hierbas, palmas y plantas como berzas.

La casa Mather contaba con una avenida curva de conchas aplastadas, hermosos robles recubiertos de musgo ne-

gro, algunos delicados árboles de yesca, varios de pimienta y un grupo de cocoteros. El teléfono de la casa se hallaba temporalmente desconectado, pero Hedges prometió que lo mandaría conectar el mismo día. El hombre pagó al contado, setecientos setenta y dos dólares con cincuenta centavos. En el precio iba incluido el impuesto estatal del tres por ciento y cubría la renta hasta el quince de mayo.

Completada la transacción, Bud Hedges, que no era un hombre de mucha imaginación o especial sensibilidad, se preguntó por qué la pareja le causaría aquella rara sensación. No habían respondido en modo alguno a su animada lista de las delicias de unas vacaciones en Flamingo. Hasta el polvoriento coche gris le había parecido torpe, apagado. Se preguntó por qué habría tomado la precaución de anotar el número de la matrícula de Illinois. Se encogió de hombros tratando de alejar la extraña sensación. Tenía el dinero en mano. La señora Mather estaría encantada. Y él se había ganado treinta y siete dólares y medio por una hora de trabajo en el mes en que concluía la temporada turística. Y los Wheeler habían logrado lo que querían, una casa con el máximo de privacidad. No había esperado que le pagaran tanto. Los zapatos del hombre eran negros, baratos, agrietados en el empeine. Hedges siempre miraba los zapatos de sus clientes. Era una pista mejor que la de los autos. No se compran zapatos a plazos.

Una vez que Hedges se hubo ido examinaron la casa con más detenimiento. Metieron el equipaje. El hombre examinó el terreno mientras la mujer deshacía las maletas. Bajó al embarcadero. En la bahía saltaban los salmonetes. Un hombre en un fuera borda muy silencioso formaba un amplio círculo. Un crucero gris pasó al sur entre las boyas del canal. Podía ver el estrecho paso entre Cayo Flamingo, Cayo Sand, y al otro lado las aguas de un azul más profundo del Golfo de Méjico.

La joven salió a la terraza y le llamó.

—Ya he deshecho las maletas. Tenemos que comprar algo.

—¿Qué? —se acercó a la terraza.

—Ya sabes. Comestibles. Pan, mantequilla, huevos y leche.

—¿Sabes cocinar?

—Un poco. No querrás salir mucho, ¿no?

—No, no quiero salir mucho.

—He llenado las bandejas de agua y puesto la nevera al máximo. Pronto tendremos hielo.

—¿Qué hogareña!

—Bueno..., porras.

—Trae también un par de botellas. Toma.

La chica cogió el dinero. Él la oyó sacar el coche unos minutos más tarde. Dio vueltas por la casa desierta. En la amplia cocina encendió la radio. Operetas, comedias, estaciones de La Habana. La apagó, bebió un vaso de agua e hizo una mueca ante el fuerte sabor sulfúrico. Probó el teléfono, pero aún no estaba conectado. Subió a probar las camas. Parecían cómodas. Se dio una ducha. Luego se vistió con el ligero pantalón de algodón y la camisa verde azulada que había comprado en aquella tienda de Georgia. Se miró en el espejo de cuerpo entero mientras se peinaba el reluciente y negro cabello.

—Turista —susurró, y sonrió.

La chica volvió pocos minutos más tarde. Él salió para ayudarla a traer cosas.

—¿Has agotado las tiendas, chata?

—No hay tanto como parece. No durará mucho. Aquí están las botellas.

El hielo ya estaba listo. El hombre se preparó una bebida, se apoyó en el fregadero y la contempló mientras guardaba los comestibles. La muchacha tenía un aire serio, concentrado, importante.

—Un nuevo aspecto de tu carácter, muñeca.

Ella se enderezó y miró a su alrededor.

—Es una cocina estupenda, Harry.

—Ya puede serlo. Y hasta tener un horno de oro. Y un tablado para espectáculos. No estaría mal un tablado.

La mujer lo miró de reojo y cantó unas estrofas de moda, terminando con una sonrisa y una pirueta. Dejando el vaso, el hombre dio tres solemnes palmadas.

—Me falta práctica —dijo ella. Luego le miró, se miró los brazos y añadió—: Deberíamos tostarnos un poco.

—Vete tú a tostarte. A mí eso de tomar el sol no me dice nada.

—Parecerías más como los demás de por aquí.

—No intentarás decirme lo que debo de hacer.

—No te lo tomes así, Harry.

—Limítate a guisar, Sal.

—Bueno, bueno.

Saliendo de la cocina, el hombre fue de nuevo al teléfono. Marcó el cero. Al contestar la telefonista, colgó. Dirigiéndose al dormitorio, sacó un papelito del cajón superior de la cómoda y otra vez en el teléfono marcó el número.

—Motel Sandwind.

—¿Está inscrito ahí un tal Robert Watson?

—Sí, señor.

—Deseo hablarle.

—Creo que en este momento está en la playa.

—¿No pueden llamarle?

—Quizá haga falta tiempo. ¿Por qué no me da su nombre y teléfono y le diré que él le llame a usted?

—Está bien. Dígale que llame al 3-3931.

Colgó. Fue a la cocina y se preparó otra bebida. Sal no le miró.

—Por lo que más quieras, no te me pongas de morros.

—Bueno, es que...

—Cuando llegue Ace, cierra el pico. No hables. Te quitas de en medio y nos dejas solos.

—Claro, Harry.

—¿Ya lo has guardado todo?

—Sí.

Le dio una palmada en el trasero de la arrugada falda.

—Vete a divertirte tomando el sol, chata. Hala, a tostarte.

Pasaron como quince minutos antes de que sonara el teléfono.

—¿Oiga? —dijo la voz familiar.

—No hables. Debes de estar en una playa inmensa, Ace. Ya tengo un sitio. Paga tu cuenta y vente. Después de oscurecido. Es una casa en una calle que se llama Huntington Drive. Número ochocientos tres. Hay letreros junto a la avenida y uno de ellos dice Mather.

—Ya sabes que no tengo coche.

—Está bien —dijo al cabo de un momento—. Te comprendo. ¿Dónde está ese sitio?

—En Cayo Flamingo. Toma la carretera principal del cayo y tuerce a la izquierda. Lo verás a la derecha.

—¿Cuándo oscurece aquí?

—Poco después de las siete.

—Bien. Te recogeré a las siete y media. Un “Buick” gris. Es mejor que un entrometido taxista.

—¿Ha... salido bien todo?

—Como la seda. Sin líos. Luego hablaremos.

Sally salió del dormitorio con el breve bañador azul pálido comprado en Georgia. Llevaba una manta, un frasquito oscuro de loción bronceadora y una revista de televisión.

—¿Todo bien?

—No eres lo que se diría un petardo, chiquita.

Miró a través de los cristales cómo se dirigía al embarcadero, extendía la manta, se sentaba en ella y con todo cuidado se untaba sus blancas piernas, brazos y hombros, así como el estómago. Se tendió bajo la canícula de la tarde, quieta como un cadáver. Los peces daban brinco. El viento rizaba el agua de la bahía. Harry se preparó otro trago. Se sentía inquieto. Trató de dormir un poco. Como no

podía, bajó al embarcadero. Se quitó la camisa y se sentó al sol, cerca de la chica. Quizá tuviera razón al decir que deberían tostarse. Su piel era demasiado blanca y se le marcaban las costillas. En medio del pecho tenía un poco de vello negro. Se sentó ciñéndose las piernas. Los omoplatos le salían angulosos y bajo el hombro izquierdo había dos hoyos profundos, cicatrices de dos balazos.

Ella yacía de espaldas, cerrados los ojos. El cuerpo se le había puesto de color de rosa. Al mirarla, el hombre recordó algo de una ventana de su casi olvidada infancia. Apretó un dedo contra el brazo de la joven. Al retirarlo, el punto blanco se desvaneció.

—Ya has tomado bastante. Entra en casa.

—Pero Harry...

—Estás teniendo un gran día, chiquita. Haciéndote la hogareña, enfurruñándote y discutiendo —dijo con tono muy suave—. ¿Te gustaría que tuviera que preocuparme un poco de ti?

La chica se puso en pie sin decir palabra y entró. Él siguió al sol otros quince minutos. Luego, dobló la manta y entró también.

—Me alegro de que me dijeras cuándo retirarme —dijo la joven humilde. Para entonces se había puesto una blusa y una falda—. Siento toda la piel tirante.

—Yo te diré todo cuanto tienes que hacer.

—Claro, Harry.

—Así no habrá el menor problema. No va a haber más problemas que el que hemos venido a resolver.

—¿Va a ser duro? —preguntó bajando la voz.

—Como la seda, si se hace bien. Y se va a hacer bien. Yo me encargaré de ello. Ace y Ronnie son grandes talentos. Y acabado el asunto nos separamos al momento. A dónde se vayan, es su problema. Yo sí sé a dónde iremos nosotros.

—¿Dónde?

—Ya sabes que no me gustan las preguntas.

—Lo siento.

—Podré hacer uso de ti. Ya lo tengo todo planeado. Cuando llegue el momento te diré lo que tienes que hacer. Será fácil.

—¿Puedo preguntar una cosa? ¿Sólo una?

—Bueno. Una.

—Harry... ¿va a morir alguien?

—Espero que no, cariño —dijo abrochándose despacio la camisa—. Espero que nadie muera. Espero que nadie se excite tanto como para eso.

CAPÍTULO II

Ben Piersall llegaba tarde al Club de Campo de Flamingo y sabía que sólo tendría tiempo para nueve hoyos antes de que oscureciera. Al comprender que llegaría tarde había telefoneado al club, para que avisaran a los demás miembros regulares del cuarteto de los lunes que empezaran sin él. Se cambió, sacó la bolsa de los palos y se encaminó al primer montículo con pasos ruidosos primero en la tarima y luego silenciosos en la hierba.

Era un hombre alto, ancho de espaldas, de rostro cuadrado, tostado, de expresión animada, suaves ojos grises, pelo castaño que empezaba a escasear un poco por arriba. Tenía éxito en su bufete de Flamingo y había trabajado duro para lograrlo. Era hijo de uno de los fundadores de la ciudad y gran porcentaje de sus asuntos legales tenían que ver con la propiedad.

Se dio cuenta de que una vez más tendría que jugar solo. Últimamente parecía suceder con frecuencia. Y estaba perdiendo habilidad en el juego. Se puso los guantes, colocó la pelota y golpeó el aire con el palo unas cuantas veces para desentumecerse. La pista del club era llana. Los caminos estaban quemados por el sol. Y se irían volviendo cada vez más duros y oscuros hasta que llegaran las lluvias en julio. El primer hoyo se hallaba a trescientas treinta y cinco yardas, un par cuatro con una zona verde en forma de pozo y un pasillo estrecho.

Su golpe se inició bajo y empezó a subir. Al ir cayendo formó una pequeña cola y rodó bastante por el duro pasillo, hasta poco más allá del marcador de trescientas yardas. En la universidad había sido el mejor del equipo de golf.

Luego había tomado parte en algunos torneos de aficionados, siendo lo bastante bueno como para pensar en serio en tomar parte en el circuito regular de competiciones. Cuando podía jugar con regularidad, aún era capaz de presentar buen juego a Barney, el campeón del club. En su mejor jugada había estado a sólo un golpe del récord allí conocido.

Conocía sus propias debilidades y le divertían. Muchas de las frustraciones del día se veían olvidadas con un bueno y certero golpe. Podía reducir sus tantos conteniéndose en los últimos esfuerzos, pero resultaba más satisfactorio jugar abiertamente. Y sentía cierto orgullo juvenil al saber que podía con cualquiera del club, incluso con Barney, cuando se encontraba en vena. Como aquel día de junio cuando, con viento de cola y los pasillos como cemento, había superado el agujero doce a cuatrocientas diez yardas. Fritz, con burlona admiración, había dicho que pensaba colocar un marcador de bronce en el punto donde había concluido aquel increíble pelotazo.

Ben sabía que su corpachón robusto necesitaba ejercicio regular. Sabía que necesitaba la completa relajación que se da después de la ducha y de ir a casa. Era más agradable jugar con los otros, pero era mejor jugar solo que no jugar.

Dejó el palo de hierro a cinco pies de la clavija y dio a la pelota con el tenedor. Como jugaba solo, no había necesidad de marcar la tarjeta. Hasta ahora iba por debajo de uno y esperaba terminar el noveno hoyo alrededor de la par más dos o tres.

Cuando se dirigía al cuarto montículo, todavía un tanto por debajo, vio un carrito para palos como a unas ciento setenta yardas, a la derecha de la pista. En el carrito había una bolsa de palos de color rojo vivo. No vio al jugador. Puso la pelota y le lanzó un golpe, acercándose demasiado y perdiendo distancia por la excesiva altitud.

Cuando hubo avanzado como cien yardas, la mujer salió de los arbustos, palo en mano. Reconoció a Lenora Parks. Ésta sacó de la bolsa roja otra pelota, la tiró y le esperó.

—¿Estás solo, Ben? —le preguntó mientras se acercaba.

—Los asesinos han empezado sin mí.

—Entonces vamos a jugar juntos. Esa maldita pelota. Creía haberla encontrado, pero algo se ha movido ahí dentro. Me he imaginado serpientes. A lo mejor puedes oler esa condenada pelota.

—Vamos a ver.

De su bolsa ella sacó un palo número tres, lo agitó, apuntó al césped y lanzó el golpe. La pelota, que había recibido un golpe seco, se deslizó por el centro del pasillo y se desvió a la derecha.

—¿Lo ves?

—Ya lo creo. Has cambiado de sistema, Lennie. Es demasiado abierto. Tratas de dirigir la pelota.

Acércate y trata sólo de golpearla. No pienses en la desviación ni trates de compensarla apuntando más a la izquierda. Así sólo empeoras las cosas.

—El viejo remedio casero del doctor Piersall.

—Funciona.

Se dirigieron hasta la pelota de él y la mujer esperó a que él la llevara hasta el borde mismo de la hierba.

—¡Caray! No has perdido nada de tu habilidad, viejo Ben. ¿Te acuerdas de cómo andábamos siempre jugando?

—Ya lo creo.

Jugaron juntos. El consejo dio buen resultado. Ella estaba encantada. Lenora Parks era una de las mejores jugadoras de golf del club. Se trataba de una rubia delicada, con un tipo tan excelente como a los dieciocho años, cuando habían salido juntos durante un año, cuando todavía era Lennie Keffler, antes de casarse con Dil Parks. Cuando jugaba con ella, se sentía incómodo, con sensación de culpabilidad. Joan conocía perfectamente su pasado romance con Lennie. A Joan, Lennie no le caía bien. Y era culpa de Len-

nie, pues Joan no era una esposa celosa. Joan y él se encontraban con Lennie y Dil en demasiadas fiestas. Y Lennie, después de la segunda copa, adoptaba una actitud posesiva hacia Ben Piersall. Ben sospechaba que Lennie lo hacía a propósito, consciente de que luego Joan pondría las cosas difíciles para Ben. Sus ojos tenían una expresión de burla en tales ocasiones. Hacía tiempo que él había adivinado que era su manera de vengarse. Su amorío había resultado de lo más turbulento y fue él quien lo terminó. Solía tener buen cuidado de no quedarse a solas con Lennie en ninguna de las fiestas.

Dil Parks tenía un noventa y cinco por ciento de inútil. Lennie se había casado con él de rebote de Ben y luego se había dedicado a organizar pequeños jaleos aquí y allá entre su marido y ella. En Flamingo había quienes la excusaban diciendo que una dieta constante de Dil volvería así a cualquiera, pero había otro grupo que tenía ideas más elevadas acerca del matrimonio, con Dil o sin él. La verdad es que jamás se habían dado pruebas reales de la inconstancia de ella.

Lo más parecido a una prueba fueron las embarulladas anécdotas que llegaron de Nueva Orleans, cuando tres parejas acudieron a aquella ciudad para el Carnaval. Pero parte de la culpa podía echarse a las poco adecuadas reservas, por acudir tres parejas con reserva sólo para dos. Otros comentarios eran en su mayoría ociosos.

Ben se sentía violento al estar con ella y esperaba que Joan no se enteraría. No veía cómo podía salir airoso del paso. Al caminar tras ella y observar sus esbeltas caderas bajo la falda plisada y el pelo que se movía al andar, le pareció exactamente la misma chica de dieciocho veranos... dieciséis años atrás. Recordaba sus amaneramientos lo bastante bien como para constarle que estaba posando para él, exhibiéndose ante él, tratando de muchas formas leves y delicadas de suscitar su deseo. Pero a él le constaba que no iba a seguirle el juego. Ni siquiera haría el menor inten-